

Capítulo 27 - - Luces pálidas

- [Capítulo 27 - - Luces pálidas](#)

Capítulo 27 - - Luces pálidas

Un secreto, había enseñado Abuela a Tristan, siempre susurrado dos veces.

La primera era el secreto que llega a tu oído, lo oculto desenterrado. La segunda, es el susurro de lo que un hombre ha considerado digno de enterrar con pala, lo que revela de él que lo mantendría alejado de miradas curiosas. Pensó en ello, mientras el teniente Vasanti convocaba a sus soldados y lo presentaba como su carne fresca, un nuevo ayudante en su tarea de desentrañar los secretos de la torre, que pronto sería acompañado por otros tres. Pensó en ello y sonrió a los extranjeros, porque los oscuros portadores de capas negras lo estaban llevando a descubrir los secretos del pilar, pero no eran ellos a quienes realmente buscaba.

Iba a descubrir qué había enterrado ese Vigilante aquí y por qué lo habían hecho.

Y una vez que lo hubiera hecho, una vez que escuchara el segundo susurro y viera el mosaico completo en lugar de sus cien fragmentos, entonces decidiría dónde hundir el puñal.

--

La primera acción que tomó a la mañana fue sembrar la semilla que Beatris le había entregado.

“¿Y ella te dijo esto en persona?”, insistió Isabel.

“Anoche,” dijo él. “Y como un regalo de despedida para ambos, Lady Ruesta, me dijo que compartimos un problema.”

La infanzona de cabello oscuro sonrió, y Tristan se preguntó cuánto tiempo le habría llevado elaborarla: amigable, pero no demasiado acogedora, apenas un toque alegre e ingenua. Incluso sin el contrato, Tredegar se habría tropezado con sus propias botas alrededor de Isabel Ruesta.

“¿Y cuál sería ese problema?”, preguntó ella.

Tristan fingió limpiar sus labios, lo suficiente para ocultar a los ojos vigilantes cómo le temblaban.

“Remund Cerdan,” dijo.

La sonrisa de Isabel se ensanchó.

“Es muy amable de tu parte preocuparte así,” dijo, “pero, aunque está interesado en mí, no ha sido—”

“Mi hermana perdió sus manos por su contrato,” mintió Tristan. “Es un imbécil, y tú no quieres casarte con él más de lo que yo quiero que logre pasar esta prueba.”

"Oh," pensó el ladrón, observando cómo el rostro de Isabel Ruesta cambiaba sin esfuerzo de leve conmovido a una cordial serenidad. La cara de una maestra de artimañas, pero apostaría que no era su verdadera expresión. Era solo otra especie de juego, un cambio de rol en cada escena. Ella era la serpiente más peligrosa: aquella que no anuncia sus colmillos venosos con colores brillantes.

"Pensé que eras solo un poco demasiado conveniente para ser una simple rata," dijo Isabel con suavidad. "Sin embargo, la venganza es un negocio costoso. ¿Qué grupo te patrocinó?"

"¿Qué te importa a ti?", encogió Tristan los hombros.

"¿No me ayudarías un poco?" preguntó, guiñándole un ojo.

¿Estaba usando su contrato? No podía saberlo. La idea le llenó de rabia de todos modos.

"No."

Ella parecía más divertida que ofendida.

"Entonces compartimos un problema," reconoció Isabel. "¿Qué propones hacer al respecto?"

"Elegiste las palabras equivocadas," notó Tristan, viendo la mueca en sus labios. "¿Y hoy? Nada. Tengo asuntos aquí en el Caserón Viejo. Necesito dos cosas de ti: un relato de la aventura en el laberinto y que encuentres un lugar donde pueda acorralarlo."

"¿Quieres que espíe por ti?" dijo Isabel con ligereza.

"El término espíe es tan feo," observó el ladrón. "Y apropiado, dado que estamos preparando el asesinato de tu prometido."

La máscara de amabilidad se quebró. Eso, por fin, había tocado un nervio.

"No estamos," Lady Isabel Ruesta afirmó con frialdad, "comprometidos."

"Tampoco lo estaremos nunca, si nos ayudamos mutuamente," sonrió Tristan con encanto y cordialidad.

Desde el rabillo del ojo vio a Angharad Tredegar acercarse a su mesa y levantó una ceja hacia la infanzona. No podían hablar mucho tiempo sin despertar sospechas, ni volver a hacerlo sin correr el mismo riesgo.

"Acordado," susurró Isabel.

¿La traicionaría, se preguntó Tristan? Era demasiado pronto para saberlo, pero solo un tonto descartaría esa posibilidad cuando se enfrenta a una serpiente así. Sin embargo, lo más probable era que ella guardara ese secreto en su bolsillo por si alguna vez pudiera serle útil para regresar a la vida que no quería abandonar. El ladrón esperó hasta que Tredegar se unió a ellos y rápidamente se excusó para marcharse. Ahora tenía ojos en su equipo y un cómplice para lo que

se avecinaba.

Eso era una pieza del mosaico que llevaba en mano: ahora debía reunir las demás.

--

Convencer a sus compañeros de unirse a los esfuerzos del teniente Vasanti no fue difícil: todos estaban ansiosos ante la idea de obtener la ayuda y protección de la Guardia. Lo que Tristan no esperaba era que la misma Guardia discutiera la decisión de Vasanti. Sin embargo, era evidente, y después de tanto tiempo caminando con cuidado entre los monocromáticos, Tristan encontró bastante divertido ver cómo se atacaban entre sí de esa manera.

“—contra toda regla,” insistió el teniente Wen. “Tenemos un conjunto claro de deberes que supervisan la segunda prueba y utilizar a sus participantes como mano de obra sin duda los viola.”

“Qué curioso,” dijo el teniente Vasanti con tono sarcástico, “el muchacho tiene una opinión sobre las reglas. Eso está bien. En treinta años, quizás hasta me dé por importarme lo que piensas.”

Ni siquiera están ocultando esto, pensó con alegría el ladrón. Los tres en la cocina, a la vista de todos, y más de un vigilante observando la escena.

“Estarás muerto en treinta años, anciana,” gruñó el Tianxi.

“Y qué alivio será,” respondió Vasanti, “finalmente estar fuera del alcance de tus quejidos.”

Tristan sabía que era mejor no inmiscuirse. La Guardia era muy cerrada, como un grupo unido con fuerza, y sin importar lo enfrentados que estuvieran, siempre se solidarizaban frente a un forastero. En cambio, él permaneció en su asiento, moviéndose lo menos posible, e hizo un gran esfuerzo por no sonreír al ver lo colorados que tenían el rostro el teniente Wen.

“Lo reportaré al capitán Tozi si es necesario,” amenazó Wen.

El gran teniente Tianxi siempre había sido tan confiado en su poder hasta ahora, tan dispuesto a jugar con todos nosotros. Tristan encontró que ver cómo el hombre apretaba la mandíbula y sus ojos destellaban con ira era un buen estímulo para la moral. Guardaría ese momento en su memoria, la próxima vez que Wen amenazara con clavarle toda una cubeta de clavos en el cuerpo.

“¿El mismo capitán Tozi que dijo que ella solo fue elegida para la academia porque es de noble linaje?” replicó Vasanti. “Espere a estar en la sala, que a mi edad solo me quedan algunas risas por delante.”

El teniente Wen apretó los dientes.

“El comandante Artal—”

“No le importará lo que pase fuera de Las Tres Lindes, siempre que no salpique sus botas,” intervino Vasanti sin mostrar interés. “Solo está aquí para mejorar su expediente antes de que una

comisión tome una decisión.”

La vieja Someshwari negó con la cabeza, como si estuviera decepcionada.

—Además, esto está muy lejos —dijo ella—. En el Fuerte Antiguo, Wen, soy la teniente superior. ¿Recuerdas qué significa eso?

El rostro de Tianxi se tensó.

—No has logrado nada, Vasanti, —dijo—. Todo ha sido mérito mío, mientras tú te escondías en la columna con tus favoritos y —

—Significa —interrumpió fríamente la teniente Vasanti— que soy tu superior. Y tu superior acaba de ordenarte que te calles, así que más vale que te pongas a ello.

El rostro de Wen se volvió aún más rojo, algo que Tristan no creía posible, y permaneció con la boca cerrada. Se alejó avanzando con paso firme, sin molestar en disimular su furia, y la anciana soltó una carcajada al verlo.

—Solo hasta cierto punto te llevará un expediente de combate impecable, muchacho, con una boca como la tuya —dijo, luego suspiró—. Y tú, rata, quítate esa sonrisa de la cara.

—No estoy sonriendo —dijo Tristan—. Y tú no estás mirando mi cara.

La teniente Vasanti le dirigió una mirada irritada.

—Soy buena identificando a los pretenciosos, —dijo—. Tú apestas a eso.

—Intentaré conseguir un pase para bañarme antes —respondió Tristan con facilidad.

El enojo en sus ojos creció.

—Reúne a tu pequeño grupo —dijo—. Wen será una verdadera molestia por el resto del año, así que más vale que valgas la pena.

—

La atalaya del noroeste era el reino privado de la teniente Vasanti.

Eso quedó claro en cuestión de minutos, cuando cinco soldados de capa negra se agruparon a su alrededor como polluelos con su madre, acercándose a la mesa junto al telescopio mientras mostraban una actitud ansiosa y cortés. Los cuatro — Francho, Vanesa, Maryam y Tristan mismo — fueron escoltados por la misma mujer someshwari de mediana edad que Tristan creyó que era Vasanti la noche anterior. En realidad, su nombre era Sargenta Ovyá.

Ella también tenía algo en contra de él.

—No creo —preguntó la sargenta—, ¿que tengas alguna idea de por qué te he ordenado que escribas 'Voy a cargar mi pistola correctamente, como una mujer adulta' cien veces con un bolígrafo de carbón?

—Ninguna —mintió Tristan—.

La someshwari se acercó más.

—Cuando inevitablemente la hagas enfadar —susurró Ovyá—, me aseguraré de solicitar ser la encargada de azotarte.

Mejor cortar eso de raíz, decidió.

—Sargenta —respondió Tristan en un tono alto y fingiendo indignación—, eso sería bastante inapropiado, dado que tú tienes autoridad sobre mí.

Por un momento se vio en su rostro una expresión de sorpresa, la confusión. Al menos hasta que notó que había hablado lo suficientemente alto para que todos los vigilantes en la mesa la escucharan, varios de los cuales fruncieron el ceño en su contra. Pensó: Recuerda esto si intentas colarte para que te dé una vara, intentar pegarle a un hombre más joven por rechazar sus avances indecorosos sería algo que ensombrecería su reputación para siempre, por lo que probablemente retrocedería. La sargenta Ovyá le dirigió una mirada de enfado.

—Estoy segura de que puedes encontrar tu camino hasta la mesa —dijo fríamente—, y se alejó.

Hubo un momento de silencio, luego Maryam suspiró detrás de él.

—Supuse que habías asegurado tu puesto en las buenas gracias del teniente, —dijo—, pero ¿por qué empieza a parecerse esto a un optimismo?

—Apliqué toda mi chispa —defendió Tristan—.

—¡Qué horror! —toseó Francho—. ¿De dónde sacaste siquiera un acantilado desde donde saltar?

—Dejen de bromear, ustedes dos —reprochó Vanesa.

Ella le dirigió una sonrisa.

“Estoy segura de que no ha enfadado más de la mitad de estas nobles gentes,” añadió.

Traición por todos lados, pensó Tristan con amusedo. Burlarse de él parecía devolverle un poco de vida a la pálida cara de Vanesa, así que dejó pasar la idea sin responder. Los cuatro se dirigieron hacia la mesa, donde la Teniente Vasanti manipulaba un pergamino. Ella los miró con impaciencia.

“¿Salieron a dar un paseo antes?” se quejó. “Acerquémonos, no tengo todo el día.”

Lo cual era, en realidad, falso, pensó Tristan, pero eligió guardar silencio. Si sigues poniendo la mano en la boca del cocodrilo, por muy afortunado que seas, eventualmente perderás la mano. Los ojos de Vasanti recorrieron a los cuatro.

“¿Cuánto lograron entender realmente sobre este lugar?” preguntó, luego frunció el ceño. “No importa, en realidad no me interesa. Mantengamos esto simple.”

Indicó hacia arriba, hacia la gran máquina áurea que imitaba las estrellas y lanzaba su resplandor sobre toda la vasta caverna.

“Los Antediluvianos construyeron este lugar y la columna que conecta el techo con el suelo de esta caverna,” dijo. “Algún tiempo después, probablemente comenzando en la Eranía Antigua, los demonios empezaron a construir el resto del sitio: el laberinto de ruinas y la Antigua fortaleza.”

La Teniente Vasanti hizo una pausa.

“Es intrigante, pero no nos gustan los demonios aquí,” dijo. “¿Por qué no nos gustan los demonios, Bitor?”

“Es Bitor, señora,” recordó ella a un joven con aspecto sacramontano.

No respondió a su comentario en lo más mínimo, lo cual parecía ser habitual, pues él continuó sin un suspiro y nadie pareció sorprenderse.

“Nos caen mal los demonios porque sabotearon las puertas de hierro que conducen dentro de la columna,” dijo Bitor con diligencia. “Hemos encontrado partes de lo que casi con certeza era un mecanismo para abrirlas en el sótano de la Antigua fortaleza.”

Francho aclaró su garganta, ganándose una mirada de Vasanti. Ella no lo insultó, para la sorpresa de Tristan, ni siquiera cuando el viejo erudito tosió mojado antes de poder hablar.

“¿Los demonios jugaron con la máquina áurea?” preguntó.

Asintió con aprobación.

“Una de las preguntas que buscamos responder,” dijo la Teniente Vasanti. “Uno de mis predecesores se abrió paso en la columna, pero desde entonces nuestro progreso se detuvo. Sin embargo, algunos hallazgos sugieren que hay controles para esa máquina en algún lugar cerca de la cima de la columna. Es totalmente posible que los demonios hayan llegado hasta allí y sean responsables de las “leyes” actuales impuestas por el dispositivo áureo.”

Justo los cimientos del Juicio de las Ruinas, pensó Tristan. La razón por la que podían aventurarse en el laberinto y realizar pruebas: los dioses no podían dañar a los humanos a menos que se acordaran términos primero, solo entre ellos, y no podían abandonar sus tronos de poder. Los demonios también trajeron cientos de altares y construyeron una fortaleza alrededor de la puerta a la columna, pensó el ladrón. ¿Qué intentaban lograr? Aún le faltaban muchas piezas para empezar a discernir un patrón.

“¿Tenemos alguna idea de por qué este lugar era tan importante para ellos?” preguntó. “Dedicaron años y mucho esfuerzo a esta caverna.”

La teniente Vasanti lo observó detenidamente.

“Quizá no sepas esto, por tu juventud y falta de educación, pero no es raro que los demonios saboteen o destruyan las mejores obras del Primer Imperio,” dijo. “No tenemos razones para creer que esto sea diferente.”

Mentiroso, pensó Tristan. Hubo una pista del segundo susurro: la teniente Vasanti creía saber por qué los demonios se interesaban en ese lugar y no quería que se supiera. ¿Que lo supiéramos nosotros, o que lo supiera todo el mundo? Tendría que averiguar si los otros Blackcloaks también estaban siendo mantenidos en la ignorancia. Sus instintos le llevaban a sospechar que así era. Si era algo que ella podía usar para conseguir más hombres y recursos, ya lo habría hecho. Se estaba guardando en secreto, quizás por más de ella.

¿Cuántas manos estaban en ese palo?

“Es bueno saberlo,” sonrió Tristan. “Supongo que tienes algo en mente en lo que podamos colaborar, ¿verdad?”

La teniente Vasanti desenrolló el pergamino con el que había estado jugueteando, extendiéndolo sobre la mesa. Era un esquema dibujado de la columna, Tristan lo vio, o al menos una pequeña parte de ella. Reconoció fácilmente la habitación donde casi fue disparado anoche y las escaleras a su lado, que conducían a un cruce. A un lado, las escaleras llevaban a una cámara intrincadamente dibujada, centrada en una máquina compleja, mientras que al otro subían hacia lo que parecía ser un callejón sin salida – salvo por una puerta lateral marcada con una palabra en Samratrava cuyo significado desconocía. La oficial Someshwari tocó con un dedo la sala de máquinas.

“Hay mecanismos allí que reaccionan a Gloam y a lo que podrían ser instrucciones para su uso que aún no hemos descifrado,” dijo la teniente Vasanti. “No he logrado convencer a ningún Navegante para que venga aquí, así que la chica que puede usar los Señales tendrá que hacerlo ella misma.”

Hizo una pausa, girándose hacia Francho.

“¿Qué tal con los cryptoglifos?” preguntó.

“Mi estudio de lenguas se centró en los cantos, pero conozco los glifos naukráticos,” sonrió el viejo profesor, sin dientes.

Tristan mantuvo su confusión bajo control y no dejó ver en su rostro lo que pensaba. Sabía qué eran los cantos — lenguajes oscuros, supuestamente descendientes de la lengua original que los Antediluvianos habían hablado — pero no tenía idea de qué podrían ser esos cryptoglifos.

“Entonces, les echarás un vistazo,” dijo Vasanti. “Lo mejor que he conseguido es que Luisa aquí, que solo conoce uno de los códigos del Segundo Imperio. Ella será tu asistente.”

Se inclinó hacia Maryam, en silencio.

“¿Cryptoglifos?”

“Lenguaje científico del Primer Imperio,” susurró ella. “Las señales se basan en este.”

Así, Francho reconocía algunos de los glifos, mientras Luisa — una joven de cabello rubio corto, algo nerviosa — solo había leído un ‘códice’. ¿La diferencia entre alguien que conocía las letras y alguien que sólo había leído una lista de palabras, quizás? Buscaría preguntas con Francho cuando tuvieran tiempo. Aunque breve fuera su intercambio, había llamado la atención de la teniente Vasanti.

“Deja de chismorrear,” advirtió la anciana. “Ahora, para los últimos dos de ustedes tengo otra idea. Vamos a inspeccionar el eje central, luego discutiremos lo que quiero de ustedes.”

Eso no sonaba tan mal, al menos hasta que Tristan vio las expresiones sombrías en los rostros de los Blackcloaks.

--

Uno de los vigilantes, un hombre robusto con un acné desafortunado, tuvo que cargar a Vanesa subiendo por la escalera atada a su espalda.

Por mucho que a Tristan le gustaría que lo dejaran recorrer el interior de la columna, ni siquiera pudo ver la sala de máquinas donde se llevaron a Maryam y Francho. En cambio, la teniente Vasanti los condujo a él y a Vanesa por las estrechas escaleras, a paso lento, adaptándose a las muletas. Tomaron una derecha en la encrucijada y continuaron subiendo hasta otro tramo, que conducía directamente a la salida muerta tal como estaban dibujados en los planos. Solo que no habían señalado por qué era un callejón sin salida, un detalle que habría sido importante mencionar.

Alguien había sepultado el último tramo de escaleras bajo pesadas losas de piedra. Algunas de ellas estaban hechas añicos y había marcas de quemaduras en las rocas y en las paredes, pero el esfuerzo debió abandonarse, ya que estaba muy lejos de ser una entrada.

—¿Por qué se detuvieron? —preguntó el teniente Vasanti, lanzándole una mirada a las losas.

—Hubo preocupaciones de que la cantidad de polvo que pasara hiciera colapsar el techo sobre nuestras cabezas —le explicó ella—. Y, además, uno de nuestros contratistas descubrió que hay una capa de metal en la parte trasera.

—¿La puerta fue soldada? —aspiró Tristan.

—Los diablos no querían que nadie pudiera atravesar esas escaleras —dijo la teniente Vasanti—. No son criaturas dadas a medias medidas.

Él silbó suavemente. Los diablos, pensó, estaban en el centro de aquel misterio. Habían construido el laberinto, edificado la fortaleza y habían hecho lo que estuviera en su mano para impedir que la gente entrara en la columna antes de abandonar el Viejo Fuerte a los chirridos negros. El secreto que valoran se encuentra en la columna, decidió. Igual que la Guardia, habían centrado toda su presencia en el Dominio de las Cosas Perdidas alrededor de lo que existía en esa caverna. ¿Todo gira en torno a la máquina dorada que está arriba? No, debería ser así. Si los diablos hubieran podido llegar allí, como claramente creía la teniente Vasanti, entonces habrían podido destruir la máquina antediluviana.

No habría sido necesario bloquear las entradas por las puertas ni impedir el paso por las escaleras con piedra y acero.

—No veo la puerta en tu pergamino —llamó Vanesa desde unos pasos más abajo—. Debería estar por aquí.

—Hay un truco —respondió la teniente, cubriéndose con su capa negra mientras pasaba junto a Tristan—. Ella bajó.

La vieja Someshwari se acercó al muro, luego presionó las yemas de sus pulgares en un punto determinado. Se escuchó un pequeño clic, la piedra se abrió y el contorno de una puerta se desplazó medio centímetro hacia afuera. La teniente retrocedió y la abrió completamente, invitándolos a mirar. No sería correcto llamar habitación a lo que veía, ya que eso implicaría que era útil. No lo era.

Lo que Tristan observaba era un eje de piedra vertical de al menos dos millas de largo, lleno de engranajes y ruedas que tic-tacaban, moviéndose en constante cambio. En un pilar central, parecía haber algo que parecía una cuerda torcida de acero, si se pudiera llamar cuerda a algo más grueso que un carruaje. El estruendo era ensordecedor cada vez que pasaba la cabeza por la puerta abierta, pero al sacarla, el sonido se reducía a niveles más soportables. Pensó: entonces por eso nadie escuchó el disparo anoche. La antigua construyó la columna para que no llenara su caverna de ruido.

Otros tenían intereses más prácticos,

—Eso —dijo Vanesa, apoyándose en su muleta—, es una máquina de tensión salvajemente sobregirada.

La teniente Vasanti asintió.

—Creo que lo mismo —admitió—. Mi suposición es que forma parte de esas máquinas de perpetuidad casi absoluta que a los Antediluvianos les encantaba colocar en todo, y que podría ser la fuente de poder de toda esa maquinaria en el techo.

—Entonces, no tendría nada que ver con las puertas de hierro —opinó Vanesa.

—No exactamente —dijo la vigilante—. ¿Ves allí?

La Someshwari señaló con un dedo más allá del umbral, a través del caos de acero, y Tristan frunció el ceño, esforzándose por distinguir exactamente lo que ella indicaba.

“No puedo entender nada,” admitió Vanesa.

“Una puerta,” dijo el ladrón. “A unos medio nivel debajo de nosotros, hay una abertura en la pared.”

“Acceso de mantenimiento, como este,” dijo la teniente Vasanti. “Usamos un visor de gran alcance para observar mejor y estamos seguros de que esa habitación conecta con otras. Podría conducirnos a una forma de abrir las puertas.”

Tristan la miró con escepticismo. Eso sonaba bastante a una ilusión deseada. Observando el caos de acero en movimiento en su interior, la forma en que las engranajes subían y bajaban y las ruedas cortaban el aire, pudo entender por qué a los diablos no les había molestado enterrar esa puerta: nadie podría atravesarla sin ser aplastado o desgarrado.

“¿Han intentado acceder desde afuera?” preguntó. “No debería ser muy difícil encontrar la ubicación correspondiente, luego podrían hacer estallar la entrada como esta.”

“Hicimos el intento,” respondió la teniente Vasanti secamente. “Tres barriles de pólvora negra solo arrancaron arañazos en la piedra. La única razón por la que logramos forzar la entrada la primera vez fue porque había una grieta en el pilar.”

“¿Entonces cómo han intentado llegar a la habitación?” frunció el ceño el ladrón.

La teniente Vasanti levantó una ceja. No, pensó él. Seguramente no quería decir...

“Enviaste a personas a esa, ¿verdad?” señaló a las piezas de acero en movimiento.

“Dos,” reconoció la Someshwari. “Voluntarios. Una de ellas vivió lo suficiente para salir, pero las heridas la vencieron durante la noche.”

“Y no han vuelto a intentarlo,” dedujo Tristan. “Si la cantidad de muertos se vuelve demasiado alta, el comandante a cargo de la isla tomará cartas en el asunto.”

Probablemente, los cloaks negros estaban dispuestos a dejar que la teniente Vasanti permaneciera atorada allí mientras solo eso hiciera, pero si comenzaba a hacer que sus soldados mueran, esa era otra historia.

“No me fue prohibido continuar la investigación,” dijo la anciana. “Pero me ordenaron buscar una vía mejor que solo alimentar a las personas a la torre.”

Vanesa sollozó levemente en señal de comprensión.

“Entonces por eso tienes el telescopio,” dijo. “Estás registrando cómo se mueve lo móvil arriba y tratando de correlacionarlo con los movimientos aquí. Buscas un camino seguro a través de ese

laberinto.”

“Ingenioso,” elogió la Someshwari. “Hemos llevado registros exhaustivos. Soy de la rama etérea de la Sociedad Umuthi, así que admito que la mecánica causal no es mi especialidad. Pero un relojero podría ver detalles que yo no percibo.”

“Me encantaría echarle un vistazo,” dijo Vanesa. “No es tan emocionante como trabajar con las manos para resolver el rompecabezas, pero supongo que mis días para eso ya pasaron.”

No necesitó buscar su ojo perdido, ni fue necesario.

“Creo que debería empezar a descender ahora,” suspiró la vieja relojería. “Será bastante largo.”

“Toma la silla en la habitación de abajo,” le dijo la teniente Vasanti. “Te llevaré los registros.”

Vanesa le agradeció con cortesía y, con precaución, comenzó su descenso. Tristan la esperó hasta que estuvo demasiado lejos para escuchar, antes de hablar.

“¿Hasta dónde lograste trazar los patrones?”

La teniente Vasanti hizo una mueca y escupió de lado.

“Alguno,” dijo, “pero no lo suficiente como para justificar otro intento. A exactamente tres minutos después del mediodía, hay una secuencia que se repite, pero cerca del final del camino hay una variable aleatoria. No hemos podido determinar qué provoca esas diferencias.”

Tristán inclinó la cabeza hacia un lado.

“Y por variable quieres decir...”

“Una rueda con dientes cortados atravesó el muñeco que lanzamos ayer,” dijo ella. “Todo ha sido en esa línea.”

“Entonces esto es una trampa mortal,” afirmó Tristán con franqueza.

“Lamento que digas eso, muchacho,” sonrió fríamente el teniente Vasanti, “porque tú justo vas a entrar allí.”

Él mantuvo la oleada de miedo fuera de su rostro. Admitirlo no haría más que agradarle. Tristan se dio cuenta de que el teniente había dejado claro desde el principio que él estaba destinado a esto. Los demás le servían a ella — Francho como historiador, Maryam como bruja de Gloam y Vanesa como relojera. Este lugar asesino debía ser lo que ella tenía en mente la noche pasada, cuando dijo que “tenía un uso para él”.

Fortuna se inclinó más allá del umbral, curioseó con atención dentro y se retiró con una expresión solemne en su rostro.

“Sí,” dijo, asintiendo con decisión. “Definitivamente morirás ahí dentro.”

Su apoyo, como siempre, era invaluable.

“¿Cuánto falta para que comience la secuencia?” preguntó Tristan, fingiendo calma.

“Unas tres horas, con algo más,” encogió los hombros el teniente. “Tenemos un reloj en la planta baja.”

El ladrón miró a Vasanti, quien le devolvió la mirada con una satisfacción venenosa. Parecía poco probable que ella se dejara convencer para no enviarlo allí y retractarse de su ‘trato’ no era una opción. Entonces simplemente le diría al teniente Wen que él había entrado en una zona prohibida del Fuerte Viejo sin permiso, y sería removido de las pruebas. ¿Había descubierto ella que su intención era acabar con su vida la noche pasada, por eso tanta hostilidad escondida tras las sonrisas? No, pensó Tristan. Él ya había sido odiado por personas antes, y esto no parecía igual; no era algo personal.

Podría no ser él, pensó el ladrón, a quien el teniente Vasanti buscaba desquitarse enviándole a la máquina de acero giratorio.

“Entonces aprovecharé ese tiempo para prepararme,” dijo Tristan. “Supongo que no te importa que intente mejorar mis probabilidades.”

El rostro de la vigilante permanecía impassible, aunque su expresión se tensó como si estuviera conteniendo una mueca o un gruñido. Vasanti, se dio cuenta, acababa de enojarse. ¿Quería que suplicara? No era demasiado orgulloso para eso, y lo habría hecho si hubiera tenido alguna pista de que eso pudiera ser efectivo. El ladrón sintió como si algo le escapara nuevamente, pero no había tiempo para desenmarañar aquel enredo.

“Haz lo que consideres conveniente,” dijo el teniente. “Mientras llegues allí con media hora de antelación.”

Tristan asintió, exhaló y sonrió.

Ahora solo le quedaba averiguar cómo evitar quedar en pedazos.

--

Si quería engañar a la muerte, necesitaría ayuda, y esa ayuda solo podía ser Maryam.

La sala donde ella y Francho habían sido enviadas estaba custodiada por un caballero de manto negro armado con espada y mosquete, aunque el hombre parecía más aburrido que alerta. Dejó pasar a Tristan sin una segunda mirada, permitiendo que el ladrón dedujera que la medida era más para mantener las cosas en control que para mantener alejadas a las personas.

Lo primero que notó al entrar fue la máquina.

El dibujo no mostraba color, por lo que no esperaba que el intrincado aparato estuviera hecho de alguna aleación dorada. Su forma básica era simple: una caja rectangular sobre la que estaban soldados doce cilindros interconectados con pistones. Los cilindros estaban conectados a algo parecido a un barril recostado, aunque la 'tapa' de ese barril era de cristal verde opaco. Todo el conjunto medía aproximadamente lo que un hombre adulto. Las complejidades, las partes que llenaban la habitación, eran las palancas.

La caja en la que descansaba todo estaba abierta por los lados, revelando engranajes que giraban lentamente; pero desde un marco dorado debajo de los engranajes brotaban, en cada lado, al menos cuarenta y ocho palancas delgadas. Tenían una longitud de al menos cinco pies y podían moverse hacia arriba y abajo, y también a los lados, lo cual parecía hacer que diferentes partes del mecanismo en el marco debajo de los engranajes se movieran. La mano de Maryam descansaba sobre una de las palancas cuando él entró, aunque la retiró rápidamente al mirarlo.

Francho, que se encontraba junto a una de las paredes acompañado por su asistente con capa negra—Luisa, recordó la ladrona—, lo notó de inmediato.

“Ah, Tristan,” sonrió sin dientes. “Tenía la sospecha de que vendrías a echar un vistazo.”

La habitación que rodeaba a la máquina había sido despojada de todo, igual que aquella donde las capas negras habían establecido su base, pero en la piedra desnuda de las paredes estaban grabadas finas rayas estrechas. Tristan tuvo que entrecerrar los ojos para entender que en realidad se trataba de pequeñas marcas intrincadas, tan diminutas y cercanas que, vistas desde la distancia, parecían líneas. Eran los criptoglifos mencionados, dedujo.

“Realmente es una máquina impresionante,” dijo Tristan. “¿Han avanzado algo?”

“El profesor es un hombre de gran erudición,” afirmó Luisa con entusiasmo. “Ya hemos asociado algunos de los palancas y las instrucciones.”

“No será suficiente solo con hacerlas funcionar,” declaró Maryam con franqueza. “Se espera que quien la utilice pueda manejar Signos que correspondan a los criptoglifos, pero se mencionan docenas; sería necesario un Navegante completo, y además uno especializado en un campo específico de estudio.”

Para sorpresa del ladrón, no parecían estar tomando notas, pero eso no era asunto suyo. No había venido por la máquina.

“Necesito hablar con Sarai, si no te molesta,” dijo. “Es sobre el trabajo que me asignó el teniente Vasanti.”

Luisa apartó la vista con culpa. Bueno, esa era una forma de evitar una discusión. Francho encogió de hombros.

“Pasarán horas, si no días, antes de que se pueda tener una comprensión básica de ese texto,” afirmó. “Tómate todo el tiempo que necesites.”

Maryam le lanzó una mirada curiosa, y luego, siguiendo su invitación no expresada, salió tras él de la sala. El guardia armado los detuvo, confirmando la sospecha anterior del ladrón con una inspección profesional, buscando que no llevaran nada consigo. Luego los dejó partir en silencio. Tristan solo los condujo por las escaleras lo suficiente para que no pudieran ser escuchados.

“Problemas,” dijo.

“¿Siempre me traes solo esto?” respondió con sequedad Maryam.

“Quizá muera en tres horas,” dijo, logrando captar toda su atención.

Le contó todo, incluso sus sospechas sobre la fuente de la hostilidad del teniente Vasanti—aunque se refirió a ella como Abuela, y no como ‘Nerei’, como la Guardia había llamado a la vigilante.

“La esfera de Gloam que usaste cuando engañamos al airavatan,” afirmó, “¿podría usarse como escudo?”

Ella negó con la cabeza.

“Si la fuerza con la que se rompa es severa, hay muchas probabilidades de que mi cerebro quede cocido desde dentro,” explicó.

Sus ojos se abrieron de par en par. Bueno, si los Signos fueran fáciles de usar, todos experimentarían con ellos.

“No espero que tengas otra cosa,” comentó él.

Ella mordió su labio.

“Quizá pueda arrastrarte de vuelta,” dijo Maryam. “Una sola vez. Y dado lo poco que entiendo de los Signos, la ‘mano’ tendrá que llevar ropa gruesa si quieres evitar que tu piel se quemé.”

—Eso es algo que vale la pena reconocer,—asintió Tristan.

—Deberías negarte y arriesgarte a Wen,—le aconsejó ella—. Él probablemente no te matará, aunque esto quizás sí.

Hacerlo habría sido lo inteligente, pero no pudo. Su silencio era tan elocuente que Maryam exhaló un suspiro de alivio.

—Al menos, dime por qué,—pidió ella.

—Si solo fuera una golpiza, la aceptaría,—dijo Tristan,—pero el teniente Wen probablemente también me excluirá de las pruebas.

Maryam lo enfrentó con la mirada.

—Y si te expulsan, perderás tu oportunidad con Cozme Aflor,—dijo, dejando escapar un largo suspiro.

No preguntó si la venganza valía la pena arriesgando su vida; eso era un recordatorio de que no habían llegado a ser compañeros por casualidad.

—Haré lo que pueda,—finalmente afirmó ella,—pero solo puedo ofrecerte una oportunidad, Tristan.

—Eso es lo máximo que puedo pedir,—respondió él, haciendo una pausa.

Avergonzado, aclaró su garganta.

—Gracias,—agregó.

Era arriesgado que una rata expresara gratitud. Pocos en la Murk tenían reparos en aprovechar las deudas pendientes.

—Agradéceme si sobrevives,—replicó ella con tono severo.

—

Visitar a Vanesa había sido algo casi incidental. Le quedaba tiempo antes de su ejecución y no atravesaría esa puerta habiendo dejado piedras sin remover. Ella estaba cómodamente instalada en el escritorio del propio teniente, hojeando pilas de papeles y anotando en un cuaderno al lado con un bolígrafo de carbón.

—¿Alguna novedad interesante?—preguntó.

La anciana casi saltó de su asiento.

—Manes, ¿no te oí entrar,—dijo, con la mano sobre el pecho,—pensé que estabas muy absorto en la lectura.

Él no había intentado entrar en sigilo, pensó, así que ella debía estar sumida en su lectura.

—Todo es muy interesante, aunque no tanto como las puertas de hierro,—le explicó,—Han prestado mucha atención a los mecanismos justo junto a la puerta, mapeando sus movimientos por hora y dibujándolos en gran detalle.

Él se inclinó hacia adelante.

—He oído,—dijo,—que a las tres en punto de la tarde hay una secuencia específica.

Ella resopló.

—Eso les obsesiona,—le dijo Vanesa,—tienen manuscritos llenos de intentos por igualar algunos movimientos con las partes móviles cerca del techo de la caverna.

—¿Sin éxito?—preguntó con ligereza.

Ella afiló la mirada, sin dejarse engañar por su tono.

—¿Por qué el interés?—preguntó.

Él no vio necesidad de mentir.

—Intentaré cruzar,—admitió,—las probabilidades parecen muy altas.

—Eso es una locura,—dijo ella,—debemos pedirle más tiempo, tú—

—Será hoy, Vanesa,—dijo Tristan suavemente,—no hay forma de convencerla.

La anciana lo miró, y aunque no preguntó, una comprensión pasó entre ellos. Ella no era una rata, nacida y criada lejos de la Murk, pero tampoco era tonta. No había llegado allí por voluntad, al igual que él. La tristeza torció su rostro arrugado, pero en unos instantes se tornó en algo completamente frío. Tristan se dio cuenta de que estaba enojada por él.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez?

—No puedo descifrar esa secuencia por ti,—reconoció Vanesa,—es demasiado compleja. Pero hay otra cosa que podrías hacer, algo que ellos nunca considerarían.

El ladrón sostuvo su mirada.

—Estoy escuchando,—respondió.

--

Llegó quince minutos antes en lugar de media hora, solo para molestar al teniente Vasanti. Sin embargo, la broma le salió cara, pues ella solo dejó allí un guardia y llegó cinco minutos después con una sonrisa burlona. Vanesa había subido las escaleras con él, así que al menos no tuvo que pasar lo que podrían ser los últimos minutos de su vida solo con una máscara negra en silencio. Maryam llegó cuando quedaban ocho minutos. Se quedó cerca, como ofreciéndole consuelo, y el tiempo pasó demasiado rápido. Tristan miró la puerta abierta, la locura del metal más allá de ella, y su corazón se apretó.

Aun así, no había necesidad de más pérdidas en aquel día, así que se quitó el sombrero y se lo presió en las manos de Maryam. Ella lo tomó, con expresión desconcertada.

“Guárdalo a salvo,” dijo con gravedad.

Maryam miró el tricornio gastado, y luego lo volvió a mirar a él.

“¿Es el sombrero un símbolo?” intentó preguntar.

“Es un sombrero realmente bueno,” respondió Tristan a la defensiva. “Es para evitar que la lluvia me moje la cara.”

“Entonces eso cambia todo,” dijo Maryam, con los labios ligeramente curvados.

Él sonrió en respuesta, luego se giró hacia la puerta. Respiró profundamente, intentando calmar los nervios, sin éxito.

“Tres minutos,” anunció Vanesa, mirando su reloj.

La teniente Vasanti, de pie más arriba en la escalera, lo observó con atención.

“No es demasiado tarde para dar marcha atrás,” le advirtió. “Te entregaré al teniente Wen, pero una azotaina sería lo peor que te pasaría.”

Los ojos de Tristan se entrecerraron. ¿Eso era lo que buscabas todo el tiempo? ¿Que yo te diera una excusa para entregarte a Wen, para expulsarme de las pruebas? La teniente había dicho que matarlo podría provocar represalias de Abuela, pero si solo fallaba en las pruebas y el asunto lo manejaba otro distinto, ¿verdad que no podría culparla por ello? Sería natural sentir indignación ante eso, por ser marioneta en un juego ajeno, pero Tristan descubrió que no era así.

Era una rata: había pasado toda su vida corriendo de un lado a otro entre las botas de los hombres.

“Gracias por su preocupación,” sonrió amablemente el ladrón.

El rostro de la anciana se contorsionó de irritación.

“Un minuto,” dijo Vanesa. “Recuerda lo que te dije.”

Desvió la mirada del vigilante del reloj, acercándose al umbral de la puerta. Allí contó mentalmente, sincronizando su cuenta con la pronunciada por Vanesa en los últimos segundos, y apretó la pequeña esfera de metal entre sus dedos.

“Ahora,” dijo Vanesa, y él se movió.

--

En total, tomó veintiún segundos.

Saltó sobre un engranaje horizontal, manteniéndose agachado mientras las ruedas pasaban por encima de su cabeza. Tres pasos, después hacia un lado. El pistón se atravesó, expulsando vapor, y se apuró hacia adelante antes de que el segundo pudiera atraparlo de costado.

Diez segundos.

Agarro una tubería caliente y se impulsó a través, con los dedos sudorosos resbalando, cayendo sobre el rayado de una rueda justo un latido antes de lo esperado. El tictac de la rueda lo sacudió,

casi haciéndolo caer hacia adelante, y tropezó.

Quince segundos, pero ya había pasado la prueba.

Había fallado un golpe. Subió entre dos ruedas y empezó a arrastrarse, pero ya estaban demasiado lejos: jamás llegaría a cruzar antes de que presionaran lo suficiente para atraparlo. Así que Tristan tomó la opción más arriesgada, confiando en la astucia de Vanesa.

Pidió prestado, con intensidad, y cuando un tic empezó a sonar, ahogando incluso la cacofonía de aquel lugar, lanzó a ciegas la pequeña esfera metálica que había tomado del forja. Por un momento, no hubo nada.

El metal gritó, y las engranajes se detuvieron en seco.

Atrapados, tal como Vanesa le había dicho que sería. No importaba qué tan perfecto fuera el reloj, ella había mencionado que a veces solo era necesaria una mínima imperfección; un grano de arena. Él se apresuró a avanzar, soltándose sobre la tubería, y entonces se produjo un sonido desgarrador. La esfera se rompió, las engranajes comenzaron a moverse, pero él ya casi había atravesado y...

Dieciocho segundos.

No vio el émbolo hasta que fue demasiado tarde. La maldita cosa no venía desde un costado, como las otras, sino desde arriba. Se movió en el momento justo, o casi: tocó el borde de su mano, apenas un roce del colosal objeto fue suficiente para romperlo.

Apretó un grito, forzándose a seguir adelante, pero perdió el tiempo. Podía ver la puerta, pero antes de poder saltar a través de ella, las ruedas que venían de los costados cortarían sus extremidades. Aun así, intentó, inclinándose hacia adelante.

Veinte.

Escuchó un grito lejano, sintió un viento fresco y algo le sujetó por la espalda. Maryam. Fue empujado hacia adelante, atravesando la puerta abierta, justo cuando un objeto afilado rozó el borde de su abrigo.

Veintiuno, y Tristan ya había pasado.

—

Aterrizó de barriga sobre la piedra, apenas captando la vista de la pequeña cámara de piedra antes de dejar que la suerte lo bendijera. Tristan se tensó con un quejido, buscando de dónde podría venir el dolor, pero al voltearse y recostarse de espaldas, nada ocurrió. Su quejido se profundizó.

Esos precios siempre eran los peores.

El ladrón se levantó, tragando una maldición por el dolor punzante en su dedo. La habitación era pequeña y en su mayoría vacía, pero que aún quedara algo allí adentro era un buen augurio. Había una estantería de piedra a un lado, vacía y cubierta de polvo, y en la pared opuesta el azulejo era de un patrón verde elaborado, asimismo estriado por criptogramas. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue la vara que descansaba apoyada junto a las estanterías. Una pieza de metal de unos cuatro pies de longitud, terminada en una marca de metal fabricada con la misma aleación dorada que la máquina de antes. No había un uso obvio para ella, así que apartó la vista rápidamente.

Solo había una puerta de salida, a la derecha, así que avanzó silenciosamente hacia la siguiente sala. Allí se detuvo tras dos pasos titubeantes, con la vista fija en la pantalla que ocupaba toda una pared. Había visto filas de baldosas metálicas similares antes: estaba enfrentándose exactamente a las mismas que en el centro de las rejas de hierro que conducían a la columna. Suprimió su excitación y escudriñó el resto de la habitación —dos entradas, ambas puertas cerradas— antes de acercarse. Las baldosas aquí estaban adornadas con un único glifo negro cada una, a diferencia de las externas, y, al observarlas por detrás, parecían conectadas a una serie de pistones y engranajes que se adentraban en la pared.

Con cautela, presionó un listón y descubrió que se doblaba con facilidad, haciendo retroceder el pistón que tenía detrás. Se detuvo antes de que pudiese desencadenarse cualquier acción.

— Bueno —dijo—, eso tal vez nos sirva para llegar a la columna.

Apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y las mangas rojas ondeando, Fortuna soltó una carcajada despectiva.

— Yo me preocuparía más por salir de este lugar, si fuera tú —dijo ella—. ¿A menos que tengas intención de volver a intentar con los engranajes?

Tristan frunció el ceño, mirando su dedo roto e inflado. Había tenido suerte de que eso fuera todo por lo que había pagado con el pasaje. Fortuna tenía razón, necesitaba encontrar un modo de regresar al Antiguo Fuerte en lugar de perderse en la exploración. La puerta junto a ella era de piedra lisa, con solo un pequeño orificio redondo donde debería estar la cerradura, y no era tonto como para arriesgarse a meter un dedo en ese espacio. Su diosa aclaró la garganta, señalando justo a la derecha de sus cabellos rubios. Había una pequeña hendidura en la pared y, allí encajada, tres botones de piedra cubiertos con unas inscripciones extrañas que nunca antes había visto.

—Muy agudo, lo reconoció, elogió.

Ella resopló.

—Al menos uno de nosotros debería terminar siendo un ladrón decente —respondió ella.

Él puso los ojos en blanco ante ella. Los botones de piedra salieron fácilmente y tomó uno, luego guardó otro en el bolsillo por costumbre. Aunque tentado a intentar abrir la puerta de piedra con la llave evidente, decidió observar la otra. Más de esa aleación dorada que seguía viendo, y una

puerta más tradicional también: un cerrojo simple la mantenía cerrada. La forzó a abrir, o al menos lo intentó: en el momento en que tocó el cerrojo, éste se soltó y cayó al suelo con un tintineo. La puerta se abrió una pulgada.

Tristán hizo una pausa: esa sensación de que la suerte le daba la espalda resultaba incómodamente familiar.

Cuando se atrevió a mirar a través de la puerta entreabierta, sin embargo, no encontró peligro alguno. La luz tenue, sin fuente visible, revelaba un pasillo curvado de piedra, que terminaba en una puerta lejana. El ladrón abrió por completo la puerta y entró en el pasillo, cuidando de no hacer ruido con sus pasos. Después de una docena de pasos, avistó una puerta oculta por la curva. Vidrio verde, aunque casi transparente y a través de ella, creyó ver—

—Tristán —dijo Fortuna de repente.

Se detuvo al instante, pues en la voz de la diosa había oído temor.

—Vuelve lentamente a esa habitación —susurró—. Muy lentamente.

Un sonido como una respiración, lleno de diversión.

—Buen consejo.

Oh, joder. No era un completo tonto, así que comenzó a correr en cuanto escuchó esa respiración, pero aun así fue demasiado lento. La sombra enorme cayó desde arriba y alcanzó a ver escamoso y viscoso antes de lanzarse a un lado; el golpe hizo que le latiera el dedo roto. Algo parecido a una mano —del tamaño de su torso— pasó muy cerca, con lo que su cabello se estremeció. Se apresuró a ponerse de pie, divisando unos ojos amarillos globosos antes de lanzarse a correr hacia la puerta.

Tuvo tiempo de tomar uno solo antes de que las luces del pasillo se apagarán.

—Joder —pensó Tristan—. Se volvió a lanzar al lateral, corriendo por pura intuición, y sintió algo gigantesco y húmedo pasar a menos de un centímetro de su espalda. Peor aún, permaneció allí, goteando un tipo de pus hediondo. El ladrón rodó de lado, esquivando por poco algo que intentaba atraparle, y volvió a correr de nuevo. La luz entraba por la puerta abierta al cuarto de baldosas, revelando que lo húmedo que lo rozaba era una lengua deformada, roja y doble de larga que un hombre, y Tristan casi gimió cuando se retiró con un succionado. Logró atravesar la puerta y trató de cerrarla de un golpe, pero el cerrojo seguía roto.

Ese maldito cerrojo lo iba a matar.

—Hueles, —dijo el dios—, a hibris. Delicioso.

No podría describir esa voz, salvo que era enfermiza y, de alguna manera, sentía como si una lengua la arrastrara por su piel. Intentando dominar su pánico, Tristan corrió hacia la otra puerta, milagrosamente sin haber dejado caer el botón de piedra.

Luego, las luces del recinto se apagaron.

—No —gruñó, sintiendo que el dios entraba en la habitación solo por el movimiento del aire.

¿De verdad iba a morir allí solo porque no podía ver en la oscuridad? Comenzó a tantear para encontrar la abertura, pero no lograba recordar exactamente dónde era—

—Aquí —susurró Fortuna, guiándole la mano.

Fortuna, quien como la diosa, después de ellos, no necesitaba más que la luz para ver, igual que el aire para respirar. Él presionó el botón en el agujero y la puerta se abrió de golpe, dejando escapar la luz. Manos arañando la piedra, Tristan se apresuró a atravesar y cerró la puerta de un golpe, volviéndose para ver dientes ominosamente humanos del tamaño de su mano hundiéndose en el lugar donde había estado de pie, una garganta excesivamente larga convulsionando detrás de ellos.

La puerta se cerró de un golpe, y el botón de piedra cayó del orificio en su lado, rodando por las escaleras en las que ahora se encontraba.

Tristan descendió lentamente, con las extremidades temblando y los ojos fijos sin parpadear mientras seguía mirando la puerta. Se deslizó por la pared, cayendo en cuclillas. Sus ojos nunca dejaron la puerta que lo separaba de la habitación donde casi fue devorado vivo. Fortuna colocó una mano sobre su brazo y, sentada a su lado, finalmente su respiración se estabilizó.

“Esa cosa,” balbuceó, “te escuchó hablar conmigo.”

“Es un dios antiguo,” susurró Fortuna. “Quizá tan viejo como yo.”

El ladrón pasó la mano por su cabello, luego se obligó a ponerse de pie nuevamente.

“No parece poder atravesar la puerta, al menos,” dijo. “Eso es algo.”

A pesar de ello, no tenía intención de quedarse mucho más tiempo. No cuando casi podía sentir lo que había del otro lado de la piedra, esperando pacientemente para hundirle los dientes en la carne. Tristan, forzando calma, recogió el botón de piedra caído y bajó por las estrechas escaleras. Estas se parecían mucho a las que había subido en el otro lado del pilar y estaban orientadas en la dirección que él creía que era hacia afuera. Al pie del descenso había una sala larga de piedra desnuda, cuya monotonía rompían únicamente dos cosas: la primera, un aparato que parecía una escalera plegada de aleación dorada, de tres pies de ancho y doblada tantas veces que solo podía imaginar su longitud.

La otra eran una serie de triángulos negros pintados en la pared frente a él, rodeando pequeñas protrusiones triangulares de piedra. Con el corazón acelerado, el ladrón presionó uno de los triángulos y lo encontró hundido en la pared con un clic metálico. Había nueve más, y los presionó todos, cada uno en su lugar, y tras el último se oyó un leve sonido de ruedas girando.

La pared ante él tembló, luego empezó a elevarse, y Tristan nunca había visto algo tan hermoso como la extensión de la caverna oscura que se extendía ante él.